

Peter Singer y la obligación moral de los ricos hacia los pobres

Ericbert Tambou Kamgue¹

Universidad de Bertoua-Camerún, Camerún

Recibido: 03 de enero de 2025

Aceptado: 26 de abril de 2025



Creative Commons 4.0

Cómo citar: Tambou Kamgue, E. (2025). Peter Singer y la obligación moral de los ricos hacia los pobres. *Revista Pares - Ciencias Sociales*, 5(1), 30-38.

ARK CAICYT: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s27188582/sajxmaaaz>

Resumen

Una de las principales preocupaciones que enfrenta el mundo de hoy es la pobreza. En un mundo globalizado donde las desigualdades crecen tanto dentro de los Estados como entre las sociedades, parece importante que la filosofía cuestione esta situación para brindar soluciones que den a hombres y mujeres los medios para convertirse en mejores agentes morales. A través de sus reflexiones, Peter Singer remueve nuestras concepciones morales y nuestro estilo de vida al invitarnos a actuar con urgencia para luchar contra la pobreza. Inscribiendo su investigación en el plano cosmopolita, un cosmopolitismo interindividual, Singer sostiene que la participación en la erradicación de la pobreza ya no es solo acciones loables y no obligatorias, sino una obligación moral para los ricos. Este artículo propone presentar, a partir de los textos de Singer, su reflexión sobre el deber moral de ayudar a los pobres y las reservas que se pueda formular.

Palabras clave: pobreza, riqueza, ayuda, obligación, cosmopolitismo

Peter Singer and the moral obligation of the rich towards the poor

Abstract

One of the main concerns facing the world today is poverty. In a globalized world where inequalities are growing within states and between societies, it seems important that philosophy questions this situation to provide solutions that give men and women the means to become better moral agents. Through his reflections, Peter Singer challenges our moral conceptions and lifestyle by inviting us to act urgently to fight poverty. By placing his research on the cosmopolitan plane, an interindividual cosmopolitanism, Singer argues that participation in poverty eradication is no longer just praiseworthy and non-mandatory actions, but a moral obligation for the rich. This article proposes to present, based on Singer's texts, his reflection on the moral duty to help the poor and reservations that may be made.

Keywords: poverty, wealth, aid, obligation, cosmopolitanism

Peter Singer e a obrigação moral dos ricos para os pobres

Resumo

Uma das principais preocupações que o mundo enfrenta hoje é a pobreza. Em um mundo globalizado, onde as desigualdades crescem tanto dentro dos Estados como entre as sociedades, parece importante que a filosofia questione esta situação para oferecer soluções que dêem aos homens e mulheres os meios de se tornarem melhores agentes morais. Através de suas reflexões, Peter Singer desafia nossas concepções morais e nosso estilo de vida ao nos convidar a agir com urgência para combater a pobreza. Inscrevendo sua pesquisa no plano cosmopolita, um cosmopolitismo interindividual, Singer defende que a participação na erradicação da pobreza não é mais apenas ações louváveis e não obrigatórias, mas uma obrigação moral para os ricos. Este artigo propõe apresentar, a partir dos textos de Singer, sua reflexão sobre o dever moral de ajudar os pobres e as reservas que possam ser formuladas.

Palavras-chave: pobreza, riqueza, ajuda, obrigação, cosmopolitismo

¹ Profesor investigador en el Departamento de Filosofía de la Escuela Normal Superior de la Universidad de Bertoua-Camerún. Se interesará por las cuestiones de bioética y justicia social. Es autor de varios artículos publicados en revistas indexadas.

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7641-4002>

Correo electrónico: ericberttk@outlook.fr

Introducción

Una de las principales preocupaciones que enfrenta el mundo el día de hoy es la pobreza. Ella “constituye otra fuente de sufrimiento humano contra el que no actuamos mucho” (Gruen, 2016, p. 31). La pandemia de coronavirus ha puesto de relieve, de manera significativa, esta triste realidad. De hecho, la pandemia tuvo repercusiones económicas y sanitarias bastante importantes en prácticamente todos los países. Sin embargo, los pobres y vulnerables fueron los más afectados, en particular las personas que tenían trabajos inseguros o poco calificados. En un mundo globalizado donde las desigualdades crecen tanto dentro de los Estados como entre las Sociedades, parece importante que la filosofía (especialmente la ética) cuestione esta situación para dar soluciones. La ética no debe ser únicamente una empresa teórica, sino que debe ser capaz de dar a hombres y mujeres los medios para convertirse en mejores agentes morales con el fin de hacer nuestro universo más habitable (Singer, 2009).

Peter Singer remueve nuestras concepciones morales, así como nuestro estilo de vida invitándonos a actuar con urgencia para luchar contra la pobreza. Inscribe su investigación en el plano cosmopolita, un cosmopolitismo interindividual. Las obligaciones que aquí se consideran son las de un individuo con respecto a otros individuos en el mundo: esto estipula que ayudar a los necesitados es nuestra responsabilidad individual. Su concepción se convierte en una ética de la donación. Dos hipótesis apoyan el pensamiento de Singer: La primera afirma que “el sufrimiento y la muerte causados por la falta de comida, refugio y atención médica son malos” (Singer, 1972, p. 2). Y la segunda, indica que “si está en nuestro poder evitar que sucedan cosas malas sin sacrificar nada de importancia moral, debemos hacerlo moralmente” (Singer, 1972, pp. 2-3). De hecho, la participación en la erradicación de la pobreza, según Singer, ya no es solo una acción loable, sino una obligación moral para los ricos. ¿Cómo articula Peter Singer esta tesis de la obligación moral de los ricos hacia los pobres? La obligación moral de los ricos respecto a los pobres es para Singer el fundamento de una responsabilidad moral que se quiere reparadora y asimétrica. Sin embargo, ¿es suficiente para erradicar la pobreza en el mundo? ¿Cuáles pueden ser las insuficiencias de esta reflexión ética de Singer sobre la pobreza? Para responder a estas preguntas, este trabajo seguirá cuatro grandes momentos. En los tres primeros, se expondrá el pensamiento de Singer sobre la obligación moral de los ricos hacia los pobres, su silogismo moral, las objeciones que se le hicieron y las respuestas que dio. Y en el cuarto y último momento, se discutirán sus argumentos poniendo de relieve lo que consideramos son insuficiencias.

1. Algunas consideraciones sobre la pobreza y la riqueza y sus implicaciones morales

Peter Singer propone el término “pobreza absoluta” para describir la pobreza que se vive en una parte del mundo. Esta pobreza absoluta es diferente de la pobreza relativa, es decir, del hecho que “algunos ciudadanos son pobres en comparación con la comodidad de que disfrutaban sus vecinos” (Singer, 1997, p. 208). La pobreza absoluta no es, por tanto, pobreza en relación

con, sino un estado de “vida en el margen extremo de supervivencia” (Singer, 1997, p. 208). Las personas que viven en la pobreza absoluta luchan por sobrevivir porque no pueden satisfacer las necesidades humanas elementales y vitales como comer, vestirse, alojarse, poder cuidarse, tener una buena educación, etc. Según McNamara, citado por Peter Singer, la pobreza absoluta se define como “condiciones de vida que la mala nutrición, el analfabetismo, las enfermedades, un medio ambiente malsano, la mortalidad infantil y la baja esperanza de vida sitúan por debajo de cualquier definición razonable de humanidad decente” (Singer, 1997, p. 208). El día de hoy, esta pobreza absoluta es la principal causa de la miseria humana. La gente no tiene hambre porque la producción global es insuficiente. El problema, señala Singer, “está más relacionado con la distribución que con la producción” (Singer, 1997, p. 209).

En otro nivel, podemos, desde el enfoque de las capacidades (*capabilities*), desarrollado por Amartya Sen, considerar la pobreza absoluta como una “privación de capacidades” (Sen, 2009, p. 310). Este enfoque se presenta como una nueva teoría de la justicia social que se basa en la posibilidad de que los individuos alcancen el tipo de vida que eligen lograr. A diferencia de algunos enfoques –como el de John Rawls (1987) que privilegia los medios, los “bienes primeros”, en su teoría de la justicia– que toman como base la utilidad y los recursos o ingresos para juzgar una sociedad y medir el nivel de justicia o injusticia, el enfoque de las capacidades se basa en la libertad y “juzga la ventaja de un individuo por su capacidad para hacer cosas que tiene razones para valorar” (Sen, 2009, p. 284). La ventaja de una persona puede juzgarse menos que la de otra si tiene menos posibilidades reales, capacidades, para lograr lo que valora. La privación relativa de recursos puede llevar a una privación absoluta de capacidades, es decir, ser pobre en un país rico puede ser una desventaja en términos de capacidades, “posibilidades reales de vivir” (Sen, 2009, p. 286).

Así, definir la pobreza absoluta desde la perspectiva del enfoque de las capacidades equivale a analizarla, no sobre la base de ingresos o productos básicos a menudo considerados como criterios esenciales en el análisis económico y el éxito humano, sino sobre la base de las “posibilidades reales de vivir” que la gente tiene. Por “posibilidades reales de vivir”, se entiende “la posibilidad de alcanzar realmente los fines y la ... libertad concreta para lograr estos fines razonados” (Sen, 2009, p. 288). Por tanto, hay que tener en cuenta dos elementos esenciales en la definición de la pobreza bajo este enfoque: la posibilidad de hacer y la libertad de lograr. De hecho, luchar contra la pobreza significaría volver a movilizar las capacidades de los pobres, es decir, darles la posibilidad de tener una vida de la que tengan motivos para estar orgullosos. ¿Y la riqueza?

La riqueza es la situación dominante en el mundo. Así como hablamos de pobreza absoluta, también podríamos hablar de riqueza absoluta. A diferencia de la riqueza relativa, la riqueza absoluta es la vida al abrigo de las necesidades humanas. Las personas que viven en la riqueza absoluta “tienen un ingreso superior al que necesitan para obtener todos los elementos necesarios para la satisfacción de sus necesidades vitales” (Singer, 1997, p.

210). Tienen dinero para el superfluo después de haber satisfecho sus necesidades básicas. Más explícitamente, Peter Singer señala que después de satisfacer sus necesidades básicas, los ricos absolutos

eligen alimentos para los placeres del paladar, no para satisfacer su hambre; compran ropas nuevas para vestirse, no para abrigarse; se mudan a otra casa para beneficiarse de un ambiente más agradable o para tener una sala de juegos para los niños, no para protegerse de la lluvia; y luego todavía tienen dinero para gastar en estéreo, cámaras de video y vacaciones en el extranjero. (Singer, 1997, p. 210)

Los países ricos son responsables de la hambruna porque consumen más alimentos que los países pobres; “en los países ricos, la mayor parte del grano se utiliza para los animales y se convierte en carne, leche y huevos” (Singer, 1997, p. 209), mientras que los pobres consumen pequeños productos animales. La principal característica de la riqueza absoluta es, por tanto, un nivel de vida superior al necesario para la satisfacción de las necesidades humanas básicas del individuo y de quienes dependen de él. Los ricos son los que tienen una oportunidad real de lograr el tipo de vida que eligen seguir. Sin emitir un juicio ético sobre esta situación de riqueza absoluta, Singer se contenta con señalar que existe como la pobreza absoluta.

Implicaciones morales

El objetivo de Singer es establecer moralmente la obligación de los ricos de ayudar a los pobres. No ayudar a los pobres y dejarlos sufrir puede ser, dice Singer, moralmente comparable al asesinato. Ayudar a los pobres es asunto de todos, ciudadanos absolutamente ricos y gobiernos de países absolutamente ricos. Cada uno tiene a su nivel, la posibilidad de hacer un gesto para cambiar la situación “donando su tiempo o su dinero a organizaciones especializadas en ayudas” (Singer, 1997, p. 211). Basándose en la diferencia intrínseca entre permitir morir y matar (desarrollada en el Capítulo 7 de *Preguntas de ética práctica*), Singer concluye que debido a que permitimos que otros mueran, privándolos de la capacidad de cumplir con sus necesidades humanas básicas y vitales, todos somos asesinos. Muchos críticos han rechazado esta equivalencia entre dejar morir y matar desde la perspectiva de la pobreza y la ayuda al desarrollo porque, según ellos, existen “varias diferencias significativas entre, por un lado, el hecho de gastar dinero en salvar vidas y por otro lado el de matar deliberadamente a seres humanos” (Singer, 1997, p. 211).

La primera diferencia sostiene que quien mata a un ser humano deliberadamente es un asesino, mientras que quien gasta su dinero en lujos en lugar de donar, refleja su egoísmo e indiferencia ante el sufrimiento del otro. Es cierto que llevar una existencia lujosa no significa necesariamente matar a una persona, pero responde Singer, es necesariamente dejar morir a alguien a quien podríamos haber salvado si el dinero extra se hubiera dado a las agencias de ayuda. Según Singer (1997), es más fácil cumplir con su deber de no matar a su vecino que salvarlo.

Otra diferencia es lo que Singer (1997) llama “la mayor certeza del resultado” (p. 212). Cuando disparo a quemarropa

a una persona, es seguro que la mataré; mientras que el dinero entregado para una acción humanitaria se puede utilizar para otro proyecto que no tiene éxito y, por tanto, en última instancia, no ayuda a nadie. Singer rechaza esta diferencia, considerando lo suficientemente débil para justificar nuestra no contribución a las organizaciones humanitarias. Pues, es cierto que algunas organizaciones humanitarias son menos eficaces y gastan más dinero en gastos generales que en ayuda directa a las personas necesitadas. Para evitar que nuestro dinero se desperdicie en vano, Singer sugiere estar bien informados sobre las organizaciones humanitarias leyendo sus diversos informes antes de comprometerlos. Esto es lo que se llama el “altruismo eficaz” (Singer, 2015, p. 4). La tercera diferencia abre la cuarta, que es la de la identificación de los interesados. Es fácil identificar a los involucrados en un asesinato, pero es muy difícil saber quién se benefició directamente con el dinero que se donó. Singer señala que la ausencia de una víctima identificable no tiene ningún significado ético. Además, no tener la certeza de que el dinero realmente se utilizará para salvar una vida, solo reduce la gravedad de la no participación en la ayuda a los pobres, pero no es “suficiente para demostrar que la ausencia absoluta de contribución a las organizaciones de ayuda humanitaria es una conducta aceptable” (Singer, 1997, p. 214). Es el caso de un conductor que, sin tener en cuenta a los demás usuarios de la vía, atraviesa un paso de peatones a gran velocidad. Ciertamente no es un asesino, pero eso no significa que su comportamiento sea moralmente aceptable.

La quinta diferencia es la de la responsabilidad directa. Se podría considerar que no se es responsable de la situación de hambruna: “Los que padecen hambre la habrían padecido, aunque yo nunca hubiera existido” (Singer, 1997, p. 213). Por otro lado, cuando se mata, se es directamente responsable de la muerte de la víctima que aún estaría viva sin tal acto. Partiendo de la tesis consecuencialista, Singer recuerda que la responsabilidad limitada a los actos y excluyendo las omisiones es problemática. Tenemos por un lado la obligación de ayudar a aquellos cuya desgracia hemos causado y, por otro lado, somos responsables de todas las consecuencias de nuestras acciones hechas u omitidas, es decir que “si alguna de las consecuencias remotas de mi compra de un artículo de lujo es la muerte de alguien, yo soy responsable de esta muerte” (Singer, 1997, p. 215). Aunque esta persona todavía estaría muerta si no hubiéramos existido, el hecho es que, para los consecuencialistas como Singer, “nuestras responsabilidades fluyen del mundo tal como es y no como podría haber sido” (Singer, 1997, p. 215). Desde un punto de vista ‘consecuencialista’ o utilitarista, existe una analogía entre matar y dejar morir porque “causar sufrimiento o no hacer nada para prevenirlo, en última instancia se reduce a lo mismo siempre que las consecuencias sean las mismas” (Gruen, 2016, p. 31).

La tesis de los oponentes a la ayuda a los pobres se inspira en la concepción no consecuencialista de la responsabilidad ba-

sada en una teoría del derecho desarrollada en particular por Robert Nozick², que se basa en un postulado imaginario de individuos que viven independientemente unos de otros en un estado de naturaleza. Según Nozick, escribe Singer, “somos responsables del acto de matar y no de la omisión de salvar, el primero es una violación de los derechos de los demás, el segundo no” (1997, p. 215). Esta teoría se basa, según Singer, en una idea abstracta, histórica del individuo y fundamentalmente inexplicable. Nuestros antepasados eran seres sociales antes de convertirse en seres humanos. La sociabilidad fue lo que les permitió desarrollar el carácter humano: la sociabilidad precede a la humanidad.

Las diferentes motivaciones para justificar que una persona no desea positivamente la muerte de otra, pueden disminuir la gravedad de la culpa, pero no pueden aplicarse a las políticas de ayuda al desarrollo y reducción de la pobreza. Ellas “muestran que no ayudar a los pobres no debe condenarse en pie de igualdad con asesinarlos, sino que podría equipararse con el acto de matar a alguien por conducir de forma peligrosa, que ya es muy grave” (Singer, 1997, p. 217).

2. El silogismo de la obligación moral de ayudar

Para explicar mejor esta tesis de asistencia a los pobres, Singer toma la siguiente metáfora:

El camino que va de la biblioteca de mi universidad al edificio de humanidades pasa por una piscina ornamental poco profunda. Supongamos que, de camino a una de mis clases, me doy cuenta de que un pequeño niño se ha caído a la piscina y está en peligro de ahogarse. ¿Quién negaría que mi deber es sumergirme e inmediatamente sacar al niño del agua? Esto significará dañar mi ropa y cancelar o retrasar las clases hasta que encuentre una muda de ropa; cosas que, comparadas con evitar la muerte de un niño, obviamente carecen de importancia. (Singer, 1997, p. 218)

Siguiendo la lógica de Singer, dejar morir a este niño que se está ahogando sería moralmente un asesinato; la muerte del niño en ese momento estaría ligada a nuestra pasividad. En tal situación, el maestro —si no salva al niño— es moralmente e incluso legalmente responsable de esta muerte (no asistencia a la persona en peligro), porque si hubiera actuado para sacar al niño de esta piscina poco profunda, este niño todavía estaría vivo. Pero el miedo a ensuciarse la ropa o llegar tarde a clase (moralmente insignificante), provocó la muerte de este niño (significante desde un punto de vista moral). Aplicando este pensamiento a la situación de pobreza absoluta, Singer concluye que la pobreza, que es un mal, puede ser reducida por los ricos absolutos sin sacrificar algo moralmente comparable. Escribe: “Nuestra obligación de ayudar a quienes sufren de pobreza absoluta no es menos que la de salvar a un niño que se está ahogando. No actuar está mal, independientemente de la equivalencia entre no salvar y matar” (Singer, 1997, pp. 218-219). Ayudar a los pobres, dice Singer, está lejos de ser un acto de caridad digno de elogio que no puede fallar si no se hace, pero es un deber, “algo que todos deben hacer” (Singer, 1997, p. 219).

Ayudar a los pobres se convierte, así, en un deber moral para los ricos. “Hacerlo no es caritativo ni generoso. Tampoco es el tipo de acto que los filósofos y teólogos han llamado ‘supererogatorio’, un acto que podría ser bueno, pero no malo, por no hacerlo. Al contrario, tenemos que dar dinero y está mal no hacerlo” (Singer, 1972, p. 6). Lo importante no es saber cuánto dar, sino dar hasta que hayamos alcanzado el nivel de utilidad marginal, es decir “el nivel desde el cual, al dar más, me causaré tanto sufrimiento a mí mismo como a mi entorno comparativamente a lo que salvaré con mi donación” (Singer, 1972, p. 8). Si está en mi poder evitar que la pobreza, que es un mal, continúe prevaleciendo sin sacrificar algo moralmente comparable, tengo la obligación moral de hacerlo.

Formalmente, la tesis de la obligación de ayudar a los pobres se puede presentar, según Singer, de esta manera:

Primera premisa: si podemos prevenir un mal sin sacrificar nada comparable en valor moral, debemos hacerlo;

Segunda premisa: la pobreza absoluta es un mal;

Tercera premisa: hay una parte de la pobreza absoluta que podemos prevenir sin sacrificar nada comparable en valor moral;

Conclusión: debemos combatir al menos una parte de la pobreza absoluta. (Singer, 1997, p. 219)

La primera premisa es para Singer la premisa moral, la base de toda reflexión. También se le puede llamar “la regla de prevención” (Ipperciel, 2008, p. 371). Para justificarlo, Singer toma este ejemplo: “Si camino por un estanque poco profundo y veo a un niño ahogándose allí, tengo que entrar y sacar al niño. Significará ensuciarme la ropa, pero eso es insignificante, porque la muerte de un niño sin duda sería algo muy malo” (Singer, 1972, p. 3). Viendo a este niño puede ser que tuve mi mejor ropa e incluso llegué tarde a mi cita. No ayudar a este niño y dejar que se ahogue sería un escándalo. La mejor acción en tal circunstancia sería entrar en este estanque y sacarlo. Sin duda mi demora desagradará a las personas con las que debería tener este encuentro y de repente mi ropa y mis zapatos se mojarán; lo que me obligaría a volver a casa para cambiar. Pero según Singer, estas consecuencias tienen poca importancia moral comparado a la vida de este niño. Aunque no soy responsable de que el niño esté en este estanque, no actuar para salvarlo implicaría comprometer mi responsabilidad por un daño más grave. Para Sébastien Réhault, en una lógica utilitarista como la de Singer, “desde el momento en que nuestra acción puede marcar la diferencia, nuestra responsabilidad está comprometida” (Réhault, 2016, p. 8). Singer no busca erradicar toda la pobreza absoluta sino evitar una parte de ella: reducir la pobreza absoluta tanto como podamos, es su objetivo. “Si sin sacrificar algo comparable en importancia moral, podemos brindar a una familia la oportunidad de salir de la pobreza absoluta” (Singer, 1997, p. 219), entonces debemos hacerlo moralmente.

El silogismo de Singer se basa implícitamente en tres intuiciones morales. La asistencia al pobre no depende de la proximidad o lejanía de este último (primera intuición), menos aún de

² “Nozick articula su pensamiento sobre el retorno al individualismo y al dejar-hacer como única solución a los errores del Estado de providencia” y el paradigma de su pensamiento político se puede resumir en una triple articulación:

“el Estado debe detenerse donde residen los derechos individuales; el individualismo metodológico está en el centro de cualquier evaluación de la sociedad; el grupo social no es más que la suma de sus componentes individuales” (Rouban, 1994, pp. 103-104).

la diferencia entre el caso en el que soy la única persona capaz de hacer un gesto y el que me encuentro entre un centenar de personas capaces de aliviar la pobreza absoluta (segunda intuición). La tesis de la obligación de ayudar a los pobres no se basa en un principio discriminatorio. Si podemos ayudar, debemos hacerlo. La obligación de ayudar a los pobres es relativamente nueva porque se deriva de la viabilidad de esta ayuda en sociedades ricas y tecnológicamente avanzadas (tercera intuición). En efecto, escribe: “ni la distancia de un mal evitable, ni el número de personas que, en relación a este mal, se encuentran en la misma situación que nosotros, no disminuyen nuestra obligación de reducir o evitar este mal” (Singer, 1972, p. 4). Es la idea que defiende la segunda hipótesis suscitada, mencionada más arriba, que afirma que “si está en nuestro poder evitar que ocurra algo muy malo, sin sacrificar nada de moralmente significativo, moralmente debemos hacerlo” (Singer, 1972, p. 4).

3. Objeciones al deber moral de ayudar a los pobres y respuestas de Singer

La reflexión de Singer ha encontrado objeciones de ciertos críticos. Estas objeciones, a las que Singer proporcionó respuestas, pueden agruparse en cinco argumentos.

Cuidar primero sus pobres

Para algunas personas, señala Singer, primero debemos ocuparnos de los pobres que nos rodean, antes de ver si podemos ayudar a los que están lejos. Es obvio que sería más fácil saltar al estanque para salvar un niño que se está ahogando, que enviar su dinero para ayudar a los pobres que no pueden ser vistos. El hecho de que alguien esté físicamente cerca de nosotros puede ser una oportunidad para ayudarlo, pero eso no justifica que debamos preferirlo o ser sordo a la pobreza de otros que viven más lejos. Singer escribe en este sentido: “Si aceptamos cualquier principio de imparcialidad, universalizabilidad, igualdad o similares, no podemos discriminar a alguien simplemente porque está lejos de nosotros (o porque estamos lejos de él)” (Singer, 1972, p. 3). Continúa enfatizando que “la necesidad de comida no tiene nada que ver con la raza” (Singer, 1997, p. 221), y mucho menos con la proximidad o la distancia. La tesis de la obligación de ayudar a los pobres no significa que seamos responsables del bienestar de todos los habitantes de la tierra; pero no admite imparcialidad. Solo entra en juego “cuando algunas personas se encuentran en un estado de pobreza absoluta y cuando otras pueden acudir en su ayuda sin sacrificar nada de valor moral comparable. Dejar que un padre se hunda en la pobreza absoluta, obviamente, sería sacrificar algo comparable en valor moral” (Singer, 1997, p. 222). Aunque no adopte la misma postura moral que Singer para desarrollar su teoría, todavía podemos apoyar esta intuición de imparcialidad de la ayuda con Goodin cuando escribe: “La caridad ciertamente comienza con uno mismo, pero, moralmente, no debe detenerse allí” (1985, p. 121). Al defender la obligación moral de ayudar a los pobres (vulnerables), Singer comparte las convicciones de Goodin. De acuerdo a Goodin, tenemos individual y colectivamente fuertes responsabilidades hacia una amplia gama de personas, y no solo con respecto a las que nos son cercanas o hacia las cuales nos

comprometemos voluntariamente. El fundamento de la obligación moral no reside en la voluntad, sino en la vulnerabilidad de la persona. Es la necesidad en que se encuentra una persona y el hecho de estar en posición de ayudar lo que impone a alguien en particular tal deber.

El derecho a la propiedad

Esta segunda objeción es consecuencia de una concepción individualista del derecho. Para sus defensores, “en el momento en que alguien ha adquirido su propiedad sin recurrir a medios inicuos como la fuerza o el fraude, tiene derecho a disfrutar de una inmensa riqueza, aunque otros mueran de hambre” (Singer, 1997, p. 222). Si bien invita a contribuir a lo que nos parece moralmente deseable, esta objeción rechaza cualquier obligación de los ricos de dar a los pobres porque esta obligación podría implicar en cierta medida “la existencia de un derecho, para los pobres a nuestra asistencia” (Singer, 1997, p. 222). Ayudar a los pobres no es un derecho y tampoco es reprochable no hacerlo. Esta concepción individualista del derecho se opone a la concepción cristiana sostenida por Santo Tomás que defiende la idea según la cual “la división de los bienes y su apropiación según la ley humana no elimina la necesidad de que los hombres utilicen estos bienes en vista de las necesidades de todos. En consecuencia, los bienes que algunos tienen en sobreabundancia están destinados, por ley natural, a ayudar a los pobres” (Singer, 1972, p. 7). Para Singer, la tesis de la obligación sigue siendo válida incluso en una teoría individualista del derecho porque muy a menudo el azar juega un papel importante. Toma el ejemplo de aquellos cuyos padres vivieron en los desiertos arenosos alrededor del Golfo Pérsico, una vez pobres pero ricos hoy gracias al petróleo que yace bajo la arena y aquellos cuyos padres vivieron en las fértiles tierras del sur del Sahara, pero que hoy viven en la pobreza absoluta para demostrar que, en nombre del derecho de propiedad, no es posible no obligar a los ricos del Golfo Pérsico a ayudar a los pobres del Sur del Sahara.

Paradigma de selección de población

Esta tercera objeción es, según Singer, la objeción más importante a la tesis de la asistencia obligatoria a los pobres. Esta objeción sostiene que “dado que la principal causa de la pobreza absoluta es la superpoblación, la ayuda a los pobres tendrá el único resultado de hacer aún más seguro que vendrán al mundo más niños condenados a la pobreza” (Singer, 1997, p. 223). Para quienes están a favor de esta objeción, la lucha contra la pobreza requiere un control poblacional efectivo: el crecimiento demográfico debe ser proporcional al crecimiento económico. La demografía debe estar controlada por el hambre y las enfermedades, lo que resultaría en la muerte de muchos. Por lo tanto, el crecimiento de la población “será inevitablemente controlado por una disminución en la tasa de natalidad o por un aumento en la tasa de mortalidad” (Singer, 1997, p. 225). La consecuencia de esta teoría es el paradigma de la selección, es decir que debemos detener la asistencia y dejar morir a los pobres porque su gran número corre el riesgo de empujar a los ricos a la pobreza por sus necesidades, que serán cada vez más grandes. Es lo que Hardin defiende en su *Ética de los botes salvavidas* (2008).

En efecto, Hardin destaca la división del mundo en naciones ricas y pobres. En esta metáfora, los ricos están en botes de remos y en la vasta extensión de agua los pobres nadan y luchan por sobrevivir. Con la capacidad del barco reducida, la pregunta es: ¿qué se debe hacer? La ética de los botes salvavidas requiere que los pasajeros consideren el factor de seguridad al no permitir que nadie más suba a bordo porque su supervivencia depende de ello. La posición de Hardin es clara e inequívoca: no se debe ayudar a los pobres porque los recursos son limitados y si los pobres continúan buscando ayuda, continuarán sobrepoblando la tierra. En cierto modo, salvar a los pobres significa condenar la tierra.

Sin embargo, se podría, según Singer, validar este argumento, pero sin concluir que no debemos ayudar a los pobres: controlar el crecimiento de la población no significa que no debamos cumplir con nuestra obligación de ayudar a los pobres o prevenir el hambre. ¿Es humanamente posible permanecer inerte cuando millones de seres humanos mueren de hambre? Algunos estudios han demostrado que la superpoblación es un mito: lo que significa que la superpoblación no es la causa de la pobreza. Singer escribe: “No es porque haya demasiados hombres que pasan hambre, es por la distribución desigual de los alimentos entre los países, por la manipulación de la economía del Tercer Mundo ejercido por las naciones desarrolladas, por el desperdicio de comida en Occidente, etc.” (Singer, 1997, p. 224). Singer propone reducir el crecimiento de la población por medios racionales del progreso económico y educativo y la difusión de métodos anticonceptivos como es el caso en los países ricos. Estas objeciones sostenidas por Hardin hacen que el principio de selección sea éticamente inaceptable.

La responsabilidad de los gobiernos

Según esta objeción, corresponde a los gobiernos asumir la responsabilidad de ayudar a los pobres. “Dar a una organización privada, dicen, permite al gobierno y a los miembros que no donan nada a la sociedad eludir sus responsabilidades” (Singer, 1972, p. 7). Al brindar ayuda a organizaciones privadas, los gobiernos se sentirán responsables de la ayuda. Esta objeción no puede ser aceptada según Singer porque “la idea de que es ‘responsabilidad del gobierno’ es una razón para no dar que tampoco parece incentivar ninguna política de acción” (Singer, 1972, p. 8). Continúa subrayando que “todo apunta, por el contrario, que, si nadie aporta voluntariamente a la ayuda al desarrollo, el gobierno deducirá que la opinión pública no está a favor de esta ayuda, y la limitará a mucho más” (Singer, 1997, p. 229). No hay nada que nos impida ayudar a los pobres comprometiéndonos políticamente para defender sus intereses contra la interferencia económica de las multinacionales que asfixian las economías de los países pobres. El hecho de que necesitemos alentar a los gobiernos de los países ricos a aumentar su contribución para ayudar a los pobres no nos exonera de nuestra obligación de ayudar a los pobres.

Asistencia demasiado exigente

Esta última objeción a la tesis de la obligación de asistencia consiste en decir que esta “impone una escala de dones tan alta que nadie, a menos que sea un santo, puede alcanzarla” (Singer,

1997, p. 230). Califica la moralidad de Singer de ética para los santos. Esta objeción tiene tres versiones. La primera sostiene la imposibilidad de lograr el objetivo de ayudar a los pobres debido a la naturaleza humana egoísta. Para los defensores de esta tesis, los hombres se preocupan principalmente por sus intereses y los de sus allegados. Hardin, sostiene que “el altruismo solo puede existir a pequeña escala, a corto plazo y dentro de los límites de grupos muy unidos” (Singer, 1997, p. 230). Tomando una idea ya desarrollada, Singer enfatiza que la imparcialidad, aunque difícil, no es imposible. Los ricos podrían dejar de comprar lujos y dar más a los hambrientos. Él escribe al respecto:

Cuando compramos ropa nueva, no para estar abrigados sino para estar ‘bien vestidos’, no cubrimos ninguna necesidad importante. No sacrificaríamos nada significativo si continuamos usando nuestra ropa vieja y donamos el dinero al fondo de ayuda para el hambre. Al hacer esto, evitaríamos que alguien muera de hambre. (Singer, 1972, p. 6)

La segunda versión afirma que no es deseable lograr este objetivo si podemos hacerlo. Para Susan Wolf, por ejemplo, si se adoptan las posiciones de Singer, entonces, uno tendría que “renunciar a muchas cosas que hacen la vida interesante: la ópera, la buena comida, la moda y el deporte para empezar” (Singer, 1997, p. 231), debido a la búsqueda específica del bien universal que ofrece. Ella habla de una moral de los santos o de ‘los santos morales’ cuya felicidad “descansaría verdaderamente en la felicidad de los demás” (Wolf, 1982, pp. 3-4). Singer es criticado por desarrollar una moralidad que sería una carga no en el nivel de la moralidad, sino en el de la santidad, porque muy pocas personas impondrían tal principio de vida, es decir, “usar uno mismo como un medio para los fines de los demás” o como una “herramienta para la satisfacción de los demás” (McGinn, 1999, p. 157). Siguiendo los principios de Singer, podríamos llegar a vivir en un mundo sin pobreza, pero privado de placer,

un mundo sin desgracias, pero sin felicidad. Esta situación recuerda a la ‘ciudad de los cerdos’ que describe Sócrates en el Libro II de la República, una ciudad que asegura las necesidades básicas, pero cuya música, poesía, danza o incluso algo tan banal como el peinado están ausentes. (Ipperciel, 2008, p. 373)

Singer objetará esta posición señalando la paradoja que existe en la compra de artículos de lujo cuando se puede evitar que la gente muera de hambre. Es obvio que un médico ante un accidente en el que hay miles de heridos estaría más inclinado a tratar al mayor número; no se dirá a sí mismo: ‘Solo trato a algunos y voy a la ópera o al cine’: “los asuntos de vida o muerte deben tener prioridad” (Singer, 1997, pp. 231-232). Singer no dice que los ricos ya no deberían disfrutar de la vida, pero les pide que den más de lo superfluo a los pobres. San Ambrosio, citado por Singer, escribió sobre este tema: “El pan que guardas pertenece a los que tienen hambre, la ropa que escondes pertenece a los que están desnudos y el dinero que entierras es la redención de la liberación de los desgraciados” (Singer, 1972, p. 7).

La tercera versión enfatiza que el hecho de que el listón sea muy alto desalienta la buena voluntad. Para Singer, hay que guardar de esta objeción que “el apoyo público para tal requisito es indeseable” (Singer, 1997, p. 232) para no crear un conflicto entre la moral pública y privada. Es deseable dar una tasa consi-

derada inferior a la que nos impone desde el punto de vista moral. Lo más importante al final es actuar para reducir significativamente la pobreza absoluta y todo rico debería preocuparse porque su responsabilidad está comprometida.

No puede tratarse de fijar un tipo máximo o mínimo rígido; pero parece prudente proponer que aquellos con ingresos promedio o superiores al promedio en sociedades ricas, a menos que tengan un número inusualmente grande de dependientes o necesidades especiales, tienen el deber de contribuir hasta el punto del 10% de sus ingresos a la reducción de pobreza absoluta en el mundo: esto es lo mínimo que debemos hacer, según cualquier criterio ético, y somos culpables de no lograrlo. (Singer, 1997, p. 233)

4. Discusión

En su ética, Peter Singer enfatizó que la pobreza absoluta puede evitarse si los ricos hacen donaciones. Sin embargo, a Andrés Gallardo (2006) le resulta ineficiente este pensamiento ya que cualquiera puede llegar a esta tesis por diferentes medios. Piensa que la postura desde la cual Singer enfrenta el tema de la pobreza contradice su marco de referencia ético. Pues, como utilitarista, Singer debe, en la dinámica de su reflexión, elegir la mejor opción para la felicidad máxima. Reconociendo que hacer una donación es un buen acto, no puede señalar a cambio que la no donación es un mal acto: es contradictorio. Gallardo (2006) escribe:

Una ética utilitarista que acepte la existencia de lo bueno y lo malo en sí mismo, es, por supuesto, una ética contradictoria. Sin embargo, concediendo la presencia de esta inconsistencia teórica como un fallo menor del autor, nos encontramos con una dificultad insuperable que es consecuencia, también, de formular a la pobreza como un mal moral en sí mismo. Nos referimos a la ausencia de argumentos que prueben la valoración ética, es decir, a la ausencia de una justificación que nos explique por qué la pobreza es un mal moral. Aquí, aunque ciertamente se abogue por una norma universal deducible de la valoración moral, no se trata, por otra parte, de una valoración que se cuestione o que se justifique. (p. 57)

No se puede establecer moralmente, según Gallardo, que los ricos están obligados a hacer donaciones o considerar esto como una norma universal debido a la falta de argumentos convincentes. No se puede justificar dentro del utilitarismo un acto como moralmente malo simplemente porque “es así”. En la ética utilitarista, la norma responde a fines superiores.

Al concebir a la pobreza como un mal moral *en sí mismo*, [Singer] renuncia a los argumentos por medio de los cuales ella pueda ser condenada de esa manera, es decir, como un contravalor y, con ello, deja por fuera la valoración del por qué debemos actuar con el objetivo de mitigarla (quedándose en un nivel meramente normativo). (Gallardo, 2006, p. 61)

Donald Ipperciel, también, detecta algunas dificultades teóricas en el pensamiento moral de Singer. De hecho, señala que, en el ámbito de la ética práctica, donde reside el pensamiento de Singer, deben tenerse en cuenta tres elementos importantes para respaldar una norma: justificación, aplicación y motivación. Para justificar su norma moral, Singer ofrece una analogía, que encuentra deficiente para refutar la intuición común y habitual sobre la ayuda a los pobres porque “el simple hecho de postular la equivalencia moral de las dos situaciones no es suficiente para hacerla concluyente” (Ipperciel, 2008, p.

377). En la aplicación, Singer no toma en consideración el contexto moral, sin embargo, el juicio moral no puede reducirse a una simple deducción de un comportamiento a partir de un principio moral. Y finalmente, el elemento motivacional de la moralidad no está suficientemente desarrollado en su teoría porque, después de todo, debe reconocerse que los agentes aplican voluntariamente los principios morales. Esta reflexión de Singer lleva en su seno una debilidad mayor. En efecto, las exigencias éticas que se derivan de su tesis son normativamente no vinculantes y por tanto siguen siendo demasiado individuales y no institucionales. Esto podría remediarse pasando de un mecanismo puramente ético y voluntarista a disposiciones jurídicas recogidas en cartas o convenciones que invitarían a los países ricos y pobres a suscribir para luchar contra la pobreza extrema. Es evidente que en este nivel la dificultad radica en cómo obligar a los distintos países a adherirse y mucho más a aplicarlas. En razón de ello, podemos decir que la sensibilización internacional por parte de las Naciones Unidas podría insistir a sus diferentes miembros para que se adhieran a ella. En cuanto a su aplicación, podrían utilizarse los mecanismos de coerción ya existentes para otros textos jurídicos internacionales.

Los límites del deber moral de asistencia en la versión individualizada que defiende Singer se basan en una débil noción de responsabilidad. En efecto, el deber moral de asistencia es insuficiente para generar obligaciones reales de las personas de hacer donaciones en efectivo con sus ingresos para salvar vidas y establecer medios sostenibles para la lucha sistemática por erradicar la pobreza extrema. Singer utiliza un concepto asimétrico de responsabilidad compensatoria que ignora la responsabilidad causal. Pensar en la obligación de los ricos hacia los pobres, sin pensar en las causas de la pobreza, no permite plantear otro aspecto de la cuestión y quizás incluso el más importante: el de las causas o la responsabilidad causal. Singer, en sus análisis, no intenta responder a esta pregunta. Para él, la pregunta no surge en términos de por qué (origen o causa), sino en términos de cómo remediar la situación. Puede pensarse que el porqué de la pobreza no se puede evitar o dejar en suspenso cuando reflexionamos sobre la pobreza absoluta porque podemos contribuir a la ayuda humanitaria, pero si no se destacan las causas reales (y quizás las responsabilidades causales), las cosas no cambiarán. En este sentido, pueden evocarse algunas causas de pobreza absoluta que pueden agruparse en dos niveles. Por un lado, puedo subrayar las influencias externas, es decir la injerencia económico-político-militar de multinacionales y países absolutamente ricos en países pobres (Bamkoui, 2024). El comercio mundial también requiere una regulación global para la instauración de una justicia mínima entre los países ricos y los pobres, así como un control sustancial de las especulaciones de las Bolsas Internacionales que ponen a menudo en peligro el equilibrio del mercado y el orden económico del planeta. Por otro lado, existe una mala gestión por parte de los países pobres de los recursos que tienen en su poder. Este segundo nivel nos parece muy decisivo en la medida en que lo que importa no es lo que otros han hecho con nosotros (injerencia económico-político-militar), sino lo que hacemos con lo que otros nos han

hecho. Los países pobres deberían tomar las riendas de su destino y poner en práctica políticas que permitan a todos los estratos de la sociedad tener, cada uno a su propio nivel, una parte de la riqueza nacional. Según el informe del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo de 1990 citado por Romero, “es la ausencia de compromiso político, y no la falta de recursos financieros, la causa de la miseria” (1998, p. 439).

Thomas Pogge sostiene que la pobreza que se observa en una parte del mundo tiene orígenes históricos y sistémicos: “los pueblos de hoy han alcanzado sus niveles actuales de desarrollo social, económico y cultural a través de un proceso histórico marcado por la esclavitud, el colonialismo, incluso el genocidio” (Pogge, 2003, p. 108). Aunque los habitantes de los países ricos no son responsables de las acciones causadas por sus antepasados, Pogge considera inaceptable el disfrute que proviene de las acciones moralmente reprobables de sus antepasados. Tal como está concebido y desarrollado, el actual orden económico mundial contribuye al empobrecimiento de los pobres porque refleja los intereses de los países ricos y sus empresas. De hecho, “el orden económico mundial actual sería injusto y causaría graves daños en el Tercer Mundo. En este sentido, no solo hemos empujado al niño a la palangana, sino que le estamos metiendo la cabeza bajo el agua” (Ipperciel, 2008, p. 386). Debido a la historia y el orden económico global, Pogge cree que los países ricos son responsables de la pobreza absoluta que se ve en una parte del mundo. Además, enfatiza, un buen número de dirigentes de países pobres no gobiernan por el interés de la población sino por su propio interés: lo que perpetúa esta pobreza absoluta. Escribiremos así:

Por lo tanto, se puede esperar que los políticos, normalmente preocupados por su propio éxito político y económico, puedan estar más preocupados por los intereses de empresas y gobiernos extranjeros que por los intereses de sus compatriotas. El resultado no se hizo esperar: muchos gobiernos de países pobres retienen el poder solo con apoyo extranjero. Los funcionarios políticos y administrativos, solicitados o sobornados por extranjeros, vienen así a trabajar en contra de los intereses de su población: por el desarrollo de la industria del turismo sexual (tolerando y aprovechando la explotación sexual forzada de niños y mujeres), por la importación, en el cargo del Estado, de productos innecesarios, obsoletos, sobrevalorados, por la importación de productos y desechos tóxicos y por el establecimiento de empresas contaminantes, por violar las leyes que protegen a los empleados o al medio ambiente, etc. (Pogge, 2003, p. 119)

En el mismo sentido, Pourrieux (2016) cree que los argumentos de Singer para justificar la obligación moral de los ricos hacia los pobres crean una dependencia de los pobres con respecto a los ricos mientras ocultan la responsabilidad del sistema político, principal responsable de las desigualdades económicas. En efecto, su proposición

apunta a preservar al orden económico y social vigente, que tiende a reproducir y amplificar las desigualdades sociales y económicas existentes. ... Singer pretende dar argumentos morales para incentivar las donaciones y así terminar con la pobreza. Pero poco y nada podrán servir los argumentos morales para revertir la desigualdad a escala planetaria si no es abordada desde su costado político y económico. ... La dignidad e igualdad entre los hombres no parecen posibles en su horizonte ético. (Pourrieux, 2016, p. 82)

Uno de los peligros de esta dependencia es el paternalismo moral en que conduce.

Al respecto, John Rawls señaló que “los grandes males sociales en las sociedades más pobres están generalmente ligados a la presencia de un gobierno opresor y de élites corruptas” (1999, p. 103). La salvación de los países pobres no vendrá de fuera, y mucho menos de la ayuda humanitaria. La ayuda humanitaria puede transformarse en forma de imperialismo y estar al servicio del capitalismo. Como demuestra Bertand Bréqueville (2024), toda acción humanitaria seguirá siendo una gestión de la miseria mientras las ONG no ataquen las causas imperialistas de la pobreza, es decir, el sistema globalizado de explotación de los trabajadores y de los recursos naturales. William Plowright (2024) escribe en el mismo sentido:

Los imperios europeos han utilizado justificaciones humanitarias para conquistar e imponer sus regímenes. Por ejemplo, el historiador Padraic X. Scanlan ilustró cómo en el siglo XIX el imperio británico había utilizado campañas humanitarias contra la esclavitud para conquistar nuevas tierras en África occidental. El hambre y la inseguridad alimentaria también se han utilizado para justificar la expansión de los imperios, mientras que el tratamiento de la inseguridad alimentaria ha servido para ocultar los crímenes de la expansión y la conquista imperiales. (p. 115)

Así pues, al defender como lo hace Singer la necesidad de ayudar a los pobres, corre el riesgo de alentar a los países ricos o a las personas ricas a acaparar tierras y recursos naturales de los países pobres bajo el falso pretexto de la ayuda humanitaria. Su altruismo eficaz parece, en este sentido, más beneficioso para el capital que para los pobres.

La ayuda humanitaria no puede concebirse sin justicia social. Cuando Singer habla de los países pobres, nunca habla de problemas sociales, sino sólo de la falta de dinero, como si la pobreza fuera natural. Lejos de ser simples víctimas, como presenta Singer, los países absolutamente pobres son en cierto modo la causa de su pobreza. Cuando un puñado de funcionarios y políticos corruptos confiscan el poder y casi todos los recursos de un país, manteniendo una orden de hierro con la ayuda de la ley marcial entre las poblaciones civiles, contribuyen de manera ineluctable a la pauperización de las poblaciones. La injusticia social puede considerarse a este nivel como el principal móvil de las desigualdades sociales y de la pobreza absoluta. Sin embargo, parece difícil para ellos, dado su funcionamiento actual, mover las líneas del orden económico global. Pero no se trata de hundirse en la fatalidad. Trabajar por el establecimiento de instituciones fuertes y más democráticas que permitan a las poblaciones desempeñar un papel político real puede ser el comienzo de una solución para entablar un equilibrio de poder con las multinacionales y los países ricos. Si bien se puede criticar a Singer por no insistir en las causas de la pobreza absoluta que padecen algunas partes del mundo, merece crédito por demostrar que se puede evitar o reducir si todos, de acuerdo con sus ingresos, contribuyen a la ayuda humanitaria.

Conclusión

Para Singer, reducir la pobreza absoluta es ante todo una responsabilidad individual; es algo que todo el mundo debería ha-

cer sin sacrificar algo comparable en importancia moral. Sacudiendo las concepciones morales de la sociedad de consumo, Peter Singer pide una acción urgente contra la pobreza absoluta. Sin embargo, como lo señala Pourrieux (2016), “las contradicciones que encontramos en los argumentos de Singer, emergen probablemente, de su negativa a considerar la pobreza desde un abordaje que debería apuntar a desentrañar las raíces sociales y políticas de esta cuestión” (p. 83). La reflexión ética de Singer parece poco convincente por no proponer una solución estructural para solucionar la pobreza. De hecho, la lucha contra la pobreza extrema sigue siendo difícil y no se ve como un deber de humanidad porque la miseria no es aún considerada como la consecuencia de las injusticias sociales y políticas.

Referencias bibliográficas

- Bamkoui, E. J. (2024). *Multinationales et corruption en Afrique subsaharienne. Menace et tentative de capture de l'État*. L'Harmattan
- Bréqueville, B. (2024). *L'humanitaire à l'épreuve de l'impérialisme*. Critiques
- Gallardo, A. (2006). La ética y el problema de la pobreza en el mundo. *PRAXIS*, 52-64.
- Goodin, R. (1985). *Protecting the vulnerable*. University of Chicago Press
- Gruen, L. (2016). Utiliser la philosophie pour changer le monde. *Klesis*, 32, 15-39.
- Hardin, G. (2008). Lifeboat Ethics: The case against helping the poor. En T. Pogge & K. Horton (Eds.), *Global ethics: Seminal essays* (pp. 15-27). Paragon House Publishers.
- Ipperciel, D. (2008). Communautés morales et universalisme: quelles sont les responsabilités morales des individus des pays riches envers les pays pauvres? *Philosophiques*, 35(2), 369-391. <https://doi.org/10.7202/000434ar>
- McGinn, C. (1999). Our duties to animals and the poor. En D. Jamieson (Ed.), *Singer and his critics* (pp. 150-161). Blackwell.
- Plowright, W. (2024). The imperial past and decolonised future of humanitarian action. *Humanitarian Alternatives*, 25, 112-121.
- Pogge, T. (2003). «Porter assistance» aux pauvres du monde. *Raison Publique*, 1, 104-148.
- Pourrieux, C. (2016). Críticas a una propuesta neoliberal para acabar con la pobreza. *Perspectivas metodológicas*, 16, 79-83.
- Rawls, J. (1987). *Théorie de la justice*. Seuil.
- Rawls, J. (1999). *The law of peoples*. Harvard University Press.
- Réhault, S. (2016). La raison à l'épreuve de la souffrance : l'éthique rationnelle de Peter Singer. *Klesis*, 32, 1-14.
- Romero, D. E. (1998). La pobreza, el crecimiento demográfico y el control de la natalidad. Una crítica a la perspectiva ética de Peter Singer sobre la relación entre ricos y pobres. *Cadernos de Saúde Pública*, 14(3), 531-541.
- Rouban, L. (1994). La philosophie formelle de l'État selon Robert Nozick. A propos de Arnachy, state and utopia. *Revue française de science politique*, 34(1), 103-126. <http://doi.org/10.3406/rfsp.1984.394111>
- Sen, A. (2009). *L'idée de justice* (Trad. Chemla, P., & Laurent, É.). Flammarion.
- Singer, P. (1972). Famine, richesse et moralité. *Philosophy and Public Affairs*, 1(1), 229-243.
- Singer, P. (1997). *Questions d'éthique pratique*. Bayard.
- Singer, P. (2009). An intellectual autobiography. En J. A. Schaefer (Ed.), *Peter Singer under fire: The moral iconoclast faces his critics* (pp. 1-74). Open Court.
- Singer, P. (2015). *The most good you can do. How effective altruism is changing ideas about living ethically*. Yale University Press.
- Wolf, S. (1982). Le saint moral. *The Journal of Philosophy*, 89(8), 1-20.